

CRISTO PROVEE LA SALVACIÓN *(Christ Provides Salvation)*

TEXTO AUREO

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Juan 3:16

LECTURA EN CLASE

LEVITICO 17:11. Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.

HEBREOS 9:22 Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión.

1 PEDRO 1:18,21 Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin Contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.

1 PEDRO 2:24 Quien llevó él mismo vuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la

justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.

II CORINTIOS 5:19, 21 Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.

Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

I JUAN 3:16 En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.

HEBREOS 9:14 ¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

1 JUAN 1:6, 7 Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su hijo nos limpia de todo pecado.

I. La necesidad de la justificación

Romanos 5:12

Adán cayó de su estado santo, y su naturaleza caída fue heredada por sus descendientes. El hombre no nace culpable de la trasgresión, pero su naturaleza carnal le conduce a transgredir. En el acto de transgredir se hace culpable.

Jesús es el único hombre quien vivió en este mundo sin pecar. Jesús se hizo descendiente de Abraham, pero no heredó la naturaleza caída de Adán, porque Dios era Su Padre.

El pecado entró a la raza humana a causa del pecado de Adán. Dios pronunció la

sentencia de la pena de la muerte para todos los pecadores. (Gn. 2:17) Así sufríamos la pena de la muerte no sólo de la muerte física, sino también de la muerte eterna en el infierno.

El hombre fue sacado del lugar donde crecía el árbol de la vida (Gn. 3:22-24), y la muerte reinó desde la época de Adán. Sin embargo, un justo Dios no imputará el pecado al hombre sin la existencia de una ley.

Dio entonces la ley a Moisés, por la cual todo hombre recibió la condenación. Pero Dios, justo y misericordioso y amoroso, no abandonó al hombre a la condenación sin proveer el método de dejar el pecado. (Jn. 3:16)

Por la desobediencia de Adán, todo hombre llegó a ser pecador y fue condenado a la muerte. Pero el mismo Dios proveyó a Jesús quien sufrió el castigo de la condenación del hombre. Por la obediencia de Jesucristo a la muerte en la cruz (Mt. 26:39; Jn. 10:17, 18; 12:27; 18:11) todo hombre puede ser rescatado del pecado y justificado ante Dios. Nosotros no fuimos responsables del pecado de Adán, por el cual llegamos a ser pecadores condenados, pero la justicia de Dios fue vindicada porque El proveyó el don libre de la salvación por Jesucristo. (Ro. 6: 23)

II. La necesidad de un sacrificio sin pecado *Levítico 17: 11; Hebreos 9:22; éxodo 12:13*

Puesto que la vida de la carne es la sangre (Lv.17:14), el resultado de derramarla es la muerte. Por eso cuando la sangre es derramada, la vida es dada. Porque la vida es dada, es el sacrificio necesario para expiar el pecado.

En proveer un sacrificio para la salvación del hombre pecador, era necesario que proveyera un sacrificio sin pecado: un sacrificio, que, porque no tenía sus propios pecados de expiar por no ser culpable de ellos, podía ser la expiación perfecta para otros.

Dios proveyó al Cordero de Dios para la muerte en la cruz del Calvario: porque era sin pecado, Su sangre podía expiar los pecados de otros.

Al proveer la salvación era necesario reunir varias condiciones.

1. Resolver la cuestión del pecado en una manera que seria conforme a Su justicia y que aplacaría Su ira.
2. Santificar al hombre sin quitarle su libre albedrío.
3. Reconciliar el hombre a Dios y restaurar la comunión que había sido perdida.

Dios lo hizo todo en el Calvario.

III. La expiación prometida desde el principio

1 Pedro 1: 18-21

El Calvario fue proyectado por Dios desde el principio. En cuanto cayeron nuestros primeros padres, Dios prometió la salvación en el Calvario. Dios previó que el hombre pecaría, y proveyó su salvación. Jesucristo era el cordero que fue inmolado desde el principio del mundo porque Dios vio con anticipación la necesidad, y proveyó el remedio al principio.

Al pasar sentencia a la serpiente, Dios declaró que habría enemistad entre la serpiente y la mujer, entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, y que la serpiente heriría su calcañar, y que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. (Gn. 3: 15)

En este versículo Dios dio la primera promesa del Calvario. La “simiente de la mujer” (la humanidad de Jesucristo; la carne que habría de dar a luz María para ser ofrecida en el Calvario) indica definitivamente el parto virginal de María a Cristo.

El sacrificio sin pecado fue posible solo porque la virgen María concibió por el Espíritu Santo y Jesucristo era Dios

encarnado. La simiente del hombre sería siempre pecadora y caída y siempre necesitaría a un Salvador.

El herimiento del calcañar de Cristo profetiza el Calvario, y el herimiento de la cabeza de la serpiente predice la última victoria sobre Satanás.

Cuando Jehová tomó pieles para vestir a Adán y Eva era necesario derrama la sangre de animales.

Dios mismo hizo el primer sacrificio para el pecado y empezó el arroyo de sangre que fluye por las Escrituras.

Dios hará para el hombre lo que él no puede hacer para sí mismo. Pero Dios no hará lo que exige que haga el hombre. La responsabilidad del hombre es de obedecer al evangelio.

Cuando el hombre no podía expiar su pecado, Dios proveyó el remedio antes que fuera necesario.

IV. La expiación fue realizada por el amor

Juan 3: 16; Romanos 5:8; 1 Juan 3:16

Dios proveyó la salvación del hombre por la muerte de Jesucristo en el Calvario porque amó al hombre.

Es posible que hubiera otras razones que influyeron en la decisión de Jehová en proyectar el remedio por el pecado, pero la razón más importante era Su amor infinito.

Dios ama al hombre. También Dios es amor. (1 Jn. 4:16) El amor es la esencia de Su naturaleza. A pesar de la maldad y la rebelión del hombre, Dios sigue amando al pecador y trata de salvarlo de su maldad.

Desea todo lo mejor de este mundo y el venidero para el hombre y anhela hacerlo Su hijo mediante el nuevo nacimiento para restaurar al hombre a la comunión con Sí mismo.

Esto solo es posible por la expiación.

Los sufrimientos de Cristo y Su muerte en la cruz es la expresión más grande del amor de Dios para con el hombre.

El Calvario verifica que Dios ama al mundo entero, toda la raza humana, todo individuo de todas las nacionalidades.

Tal amor maravilloso de Dios — quien sacrificó todo lo mejor y lo más alto — debiera de ganar nuestro amor hasta tal punto que queramos dedicarnos del todo a Él.

Si Dios ama a todo hombre dondequiera que esté y si el amor de Dios “ha sido derramado en nuestros corazones” (Ro. 5:5), debemos amar a nuestro prójimo doquiera esté.

V. La muerte de Cristo

*II Corintios 5:21; 1 Pedro 2:24
1 Pedro 1:18, 19; II Corintios 5:19*

El único modo de justificar al hombre fue la muerte substitutiva de Jesús. Heredamos la naturaleza pecadora de Adán (Sal. 51:5), de la cual no podíamos salvarnos, y éramos dignos de la pena de la muerte.

Éramos culpables sin posibilidad de ser justificados sin que fuéramos absueltos de la carga del pecado o de la pena de la muerte. Cuando morimos con El por medio del arrepentimiento, no se nos quedan ni carga ni pena a nosotros. (Ro. 7:4-6)

El carnero trabado en el zarzal en la tierra de Moriah substituyó a Isaac; Jesucristo substituyó a todo hombre. Barrabás fue librado a causa de la muerte de Jesús como lo somos nosotros. Debemos reconocer que Jesús murió para todo individuo y no solo para el mundo como un grupo anónimo.

La ira justa del Santo Dios fue aplacada por el ofrecimiento del sacrificio expiatorio en la cruz del Calvario. Sabemos que Dios debe juzgar al pecado, y todo pecado será juzgado.

El Calvario provee el lugar donde se reparte la pena de nuestros pecados.

Por la fe en el evangelio y la obediencia a ello, nuestros pecados son juzgados aquí y podemos salir libres.

El hombre pecador es esclavo en servidumbre al pecado y la muerte. Para librar al hombre de la servidumbre del pecado era necesario que fuera redimido con pagar el precio indicado. La obra expiadora de Jesucristo se llama la redención. En tiempos de la Ley de Moisés, para que un hombre fuera redentor, era necesario que reuniera estas cualidades:

1. ser pariente,
2. querer redimir.
3. poder pagar el precio.

Jesucristo reunió todas las cualidades. Somos redimidos con el precio que pagó, Su sangre.

El hombre es reconciliado, o cambiado del estado de enemistad al de amistad, a Dios por la paga de la sangre de Jesús. Dios ha hecho posible la reconciliación para que el hombre tuviera de nuevo comunión con El.

La reconciliación es una obra cumplida: la muerte de Cristo ha hecho posible la reconciliación, pero todo hombre debe hacerla efectiva en su vida.

VI. La sangre de Cristo

Hebreos 9:14 1 Juan 1:7; Éxodo 12:7-13

Hay poder en la sangre derramada de Cristo para limpiar el pecador más vil, y la eficacia de la expiación no carece de nada. Sin embargo, la sangre no es válida donde no es aplicada.

Solo por la fe en el evangelio y la obediencia puede recibir el pecador la virtud salvadora de la sangre de Cristo.

En la víspera de la Pascua, los israelitas pudieron haber matado el cordero, pero no habría tenido el efecto esperado si la sangre no fuera aplicada en el dintel y en los postes. Lo que salvó a los israelitas al pasar el ángel de la muerte era la aplicación de la sangre.

También en nuestros días es la aplicación de la sangre que nos salva.

Cuando el enfermo recibe de un médico un medicamento, damos por sentado que lo tomará. Si el enfermo no lo tomara, el medicamento no tendría ningún valor. Este principio es verdadero respecto a la salvación. Un remedio eficaz ha sido provisto, pero para ser válida debe ser aplicado.

La expiación es el tema de la Biblia uno de cada cuarenta y cuatro versículos habla de la expiación. Era el asunto de la conversación de Moisés y Elías en el monte

de la transfiguración (Lu. 9:30, 31); era el tema del cántico en el cielo (Ap. 5:8-12). Sin embargo, la expiación es sin significado para el hombre si él no aplica la sangre a sí mismo; la sangre no puede expiar el pecado de quien no obedece el evangelio.

Es falso decir que no debemos hacer nada para recibir la salvación. Puede que un cirujano ayude al paciente, pero si el paciente no se lo pide, la ciencia del médico no vale nada. Puede que el piloto dirija el avión, pero si los pasajeros no compran los pasajes, la habilidad del piloto no tiene valor. Jesús redimió al hombre, pero a menos que el pecador llene los requisitos del evangelio, su redención no será válida.

La muerte, la sepultura y la resurrección proveyeron el remedio para el pecado. Para aprovecharse del remedio es necesario asociarse con El en la muerte, la sepultura y la resurrección.

VII. La muerte valida por resurrección

Romanos 4:25; 1 Corintios 15:14 Romanos 1:4

La resurrección de Jesucristo da valor a Su obra de propiciación. Demuestra que la sangre propiciativa es aceptada por Dios y por eso eficaz a lavar nuestros pecados. Verifica la deidad de Jesús quien vive y es eterno.

Porque El resucitó, el pecador penitente, por medio del nuevo nacimiento, puede andar en vida nueva. La resurrección de Cristo hace cierto la vida eterna, y da al hijo de Dios esperanza de su resurrección.

En el Antiguo Testamento, el pueblo esperó fuera del templo hasta que saliera del lugar santo el sumo sacerdote porque sabían entonces que sus pecados habían sido expiados.

Nuestro sumo sacerdote salió del sepulcro y así sabemos que Su sangre fue aceptada y que nuestros pecados fueron

expiados, Ahora sabemos que la cuestión del pecado está resuelta y por la obediencia al evangelio seremos justificados.

A causa de esto, la resurrección de Jesucristo da valor a Su sacrificio expiativo.

Para que la salvación sea una realidad en la vida de un creyente, es necesario que haya un Salvador vivo.

Un Salvador muerto no podría hacer nada para ayudar a los muertos.

Un Salvador vivo es lo que es necesario para perdonar, elevar, sanar, regenerar, dar poder para vencer a satanás.

No habría poder ni en Su nombre ni en Su palabra para salvar si estuviera muerto. Su resurrección fue necesaria para dar poder al mensaje del evangelio y para permitir que la salvación sea una realidad en la vida de un individuo.

La resurrección de Jesucristo verifica la realidad del nuevo nacimiento. Como Cristo resucitó, los que están muertos en delitos y pecados pueden estar resucitados para andar en vida nueva.

Finalmente, la esperanza de la salvación es la vida eterna y el pasar la eternidad en el cielo. Si Jesucristo no hubiera resucitado, no podría haber posibilidad de una resurrección de vida. Nuestra esperanza de resurrección está basada fuertemente en Su resurrección. El apóstol Pablo lo dice claramente. (1 Co.15)

Para experimentar salvación es necesario experimentar el poder de la resurrección en nuestras vidas.

La muerte, la sepultura, y la resurrección de Cristo fueron todos esenciales en Su obra de proveer la salvación.

El hijo de Dios debe asociarse con Cristo y estar en Cristo. (1 Co. 15:22) Toda la raza humana cayó cuando cayó Adán, porque todos estuvieron en Adán.

Asimismo, los que son vivificados deben estar en Cristo. Como fueron necesarias la muerte, la sepultura y la resurrección para traer la salvación al hombre, serán necesarios la muerte, el entierro y la resurrección para entrar en la salvación.

Como Adán cayó por la incredulidad y la desobediencia, el hijo de Dios será salvo por la fe y la obediencia. Por la fe en el evangelio y la obediencia a ello, el hombre experimenta la muerte, el entierro y la resurrección y será salvo.